

Robinson Crusoe y la utopía económica

Por Maximilian E. NOVAK

Dibujos de J. AYTON SYMINGTON

Antes de aventurarse en su estudio sobre *Robinson Crusoe* y la teoría del valor-trabajo, Karl Marx advirtió que hasta David Ricardo tenía su parábola económica "a la Robinson". Los economistas, incapaces de resistir la tentación, han visto en el héroe de Defoe el paradigma de todo lo que pueda haber de valioso en el hombre como animal económico. Títulos como "Robinson Crusoe, ingeniero social" o "El dinero de Robinson Crusoe" son testimonios de la existencia de numerosos teóricos cuyos oscuros sistemas quedaron, en apariencia, demostrados con la vida económica de este marino solitario. Su fórmula es simple: una isla y un hombre y, puesto que el nombre es conocido, puede ser llamado Robinson Crusoe. Pero casi nadie ha intentado descubrir si Defoe ofreció algunas teorías económicas propias. Lo contrario sería sorprendente, ya que Defoe, ante todo, se consideraba experto en los problemas económicos de Inglaterra. "Amé con locura la prostitución de escribir sobre comercio", subrayó en el último número de su periódico, *The Review*, y casi todas sus obras, incluidas las de ficción, presentan algún tipo de especulación económica. En *Robinson Crusoe*, al aislar a su héroe y, más tarde, a un pequeño grupo de colonos y hacerlos regresar hasta una condición primitiva, Defoe quiso ilustrar algunos de sus conceptos económicos fundamentales que, para mayor facilidad, se pueden dividir en tres principios económicos: una teoría de la invención, una teoría del valor y una teoría económica de la sociedad.

Numerosos escritores de temas políticos y económicos situaron su utopía en una isla separada de la civilización occidental; pero sólo con Defoe —y he aquí su contribución—, se inicia la utopía de un solo hombre.

Seis años antes de *Robinson Crusoe*, en su *Historia general del comercio*, Defoe argüía que si Dios creó el mundo de manera que el comercio resultara esencial, bien pudo disponer las cosas "para que cada hombre fuera su propio trabajador y fabricante". Pero, al mismo tiempo que Dios aseguró a cada país su parte de necesidades vitales, diseminó por toda la tierra lo necesario para el bienestar. Resulta interesante que la idea de un aislamiento económico se le haya ocurrido a Defoe varios meses después de que un naufragado, Alexander Selkirk, regresó a Inglaterra y alcanzó cierta fama por haber resistido la soledad, cerca de cuatro años, en la isla de Juan Fernández.

En la *Historia general del comercio* aparece también una variante del viejo proverbio constantemente repetido por los escritos de Defoe: "La necesidad —escribió— que es la madre, y la conveniencia que es la criada de la invención, obligaron a la humanidad a darse maña para conseguir el sustento." Este proverbio es la clave de una doctrina económica que probablemente tiene su origen en la sentencia de Maquiavelo: "Los hombres nunca hacen el bien, a menos que la necesidad los obligue." Sir William Temple desarrolló esta idea en sus *Observaciones sobre las provincias unidas* y sugirió que era posible incrementar las invenciones humanas si, expulsados de la ciudad quienes no podían procurarse el sustento, obligaban a su inventiva a encontrar algunos medios para sobrevivir. Defoe conocía bastante bien la obra de Temple, pero es muy probable que haya derivado su teoría de John Asgil, quien fue más allá al afirmar que "todas las mejoras en el mundo se producen por las necesidades de los hombres y pueden atribuirse a la invención". Bajo la influencia de Asgil, en su *Ensayo sobre los proyectos* Defoe explayaba esa idea y sostenía que, cuando los hombres se enfrentan a la "necesidad", deben encontrar algunos métodos de supervivencia y son por lo general el fraude, el robo o la honesta invención. La sola necesidad, argumentaba Defoe, destruye la pereza y hace nacer a la sociedad. En uno de sus escritos más entusiastas de *The Review*, sistematizó estas ideas con una alegoría que presentaba a la necesidad como la verdadera madre de toda la actividad económica y política del hombre. Defoe no era Bunyan, pero esta alegoría es indispensable para entender *Robinson Crusoe*.

De acuerdo con la genealogía propuesta por Defoe, Necesidad era hija ilegítima de una antigua familia. Su padre era Orgullo y su madre Pereza. Al poco tiempo, ésta se arruinó

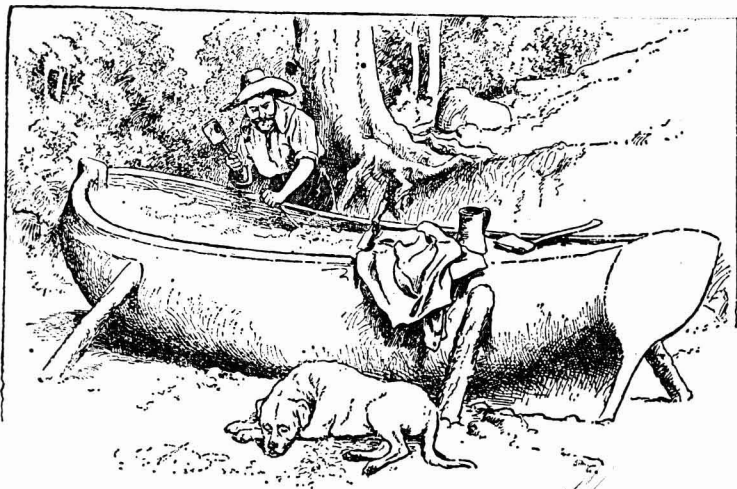
y casó con Pobreza. Pobreza y Pereza tuvieron un hijo, Invención, y una hija, Ingenio. La línea masculina prosperó. Invención se casó con Proyecto y nacieron tres hijos: Industria, Inventiva y Honestidad. Industria contrajo nupcias con Parsimonia y sus hijos fueron: Herrero, Ganadero, Minero, Jardinero, y una hija: Lechera. Inventiva, hijo segundo de Invención, casó con Diligencia; y engendraron a Oficio, que a su vez tuvo hijos: Hojalatero, Herrero y otros artesanos, que lograron mucho éxito en su vida; Traficante, hijo segundo de Inventiva, celebró su boda con Exactitud, nieta de Honestidad, para engendrar a Crédito; mientras que Manufactura, el tercer hijo de Inventiva, terminó casándose con la señora Hilandera. Como sucede en la mayoría de los cuentos de hadas, todos se enriquecieron y vivieron felices para siempre.

Sostener que ésta es la línea argumental de *Robinson Crusoe*, equivaldría a transformar una obra maestra del realismo en un espectáculo de títeres abstractos. También sería inexacto ignorar que el supuesto básico de la alegoría es social y no puede aplicarse a un hombre solo. Pero la necesidad y el deseo de convivencia impulsan a Robinson hacia la invención. En cierto modo, cae en la necesidad por su propia falta, si no por orgullo y pereza; entonces con diligencia, inventiva e invención, reproduce todas las ramas de las artes agrícolas e industriales. Al practicar la frugalidad y rehusarse a consumir sus productos, puede acrecer su riqueza. El propósito de toda esta actividad es recrear sobre el microcosmos de su isla, el molde de la existencia de la civilización occidental en su tiempo, y reproducir, para la vida de un solo hombre, todos los productos útiles que el género humano requiere para su bienestar.

Al parecer, Defoe creía que tres factores eran indispensables para la realización de su fábula: una tierra fértil con un clima cálido, un cierto número de herramientas y un hombre adecuado. Cuando Crusoe llega a la isla, se encuentra desesperado y no avizora los medios de supervivencia. Como revela la literatura de viajes, muchos hombres abandonados en una isla perecieron de desesperación; y la desesperación domina a los españoles que se instalan en la isla de Crusoe, y al capitán del barco que finalmente lo rescata. Pero, como Crusoe señala, recapitulando sobre las condiciones positivas y negativas, fue arrojado a una isla lo bastante cálida para que no tuviera realmente necesidad de vestidos, donde las frutas y las cabras monteses proporcionaban alimento y no había bestias feroces.

Parece que entre los modelos para la isla de Crusoe, estuvo Bermuda, la maravillosa isla de Próspero donde la comida era tan abundante que la tripulación de Somer, tras la inicial desesperación, se sintió tentada a fundar su propia comunidad.

Pero no hubiesen sido suficientes las condiciones ideales de la isla de Crusoe sin el equipo que rescató del naufragio y, cuando enumera los bienes y los males, así lo reconoce: "Pero el cielo, milagrosamente, ha conducido el navío bastante cerca



"la concepción calvinista del trabajo"

de tierra para que pudiese ir a buscar una multitud de efectos que me ponen en situación de proveer a mis necesidades, no sólo para el presente, sino para el porvenir." Sin embargo, estas herramientas han sido un enorme obstáculo para muchos economistas que desearon utilizar a Crusoe como héroe de sus parábolas. Bohm Bawerk, por ejemplo, cuando intentó aislar al hombre en un medio ambiente natural, pidió a sus lectores que se representaran a Robinson en una isla sin herramientas, cuchillo o pistola, y obligándose a construir un arco y una flecha. El marxista Bujarin atacó a Bawerk por olvidarse de la labor social presente en la producción de las herramientas; y Defoe hubiera estado de acuerdo, no porque anticipara a Marx, sino porque seguía a John Locke. Defoe hubiera dudado de la psicología de Bawerk. Si se le compara con Crusoe, Selkirk se las arregla para vivir una existencia primitiva, casi igual a la de un salvaje. Crusoe se imagina lo horrible que hubiera sido su vida sin un cuchillo: "¿Cómo habría podido encontrar alimentos, a no ser pescado y tortugas? Y aun antes de descubrir éstos, hubiera tenido tiempo de morir de hambre, o si hubiese podido subsistir, habría vivido como un salvaje. Si por casualidad matara una cabra o un pájaro, me vería precisado a quitarle la piel, desollarlo y despedazarlo sin sacarles las entrañas, y necesitaría desgarrarlo con mis dientes y uñas, como las fieras."

Así, las herramientas dan a Crusoe el medio para crear una vida nueva y resultan también una evasión de la litud o de la locura, ya que, como Hume observó: "La necesidad extrema destruye la industria al engendrar la desesperación." Cuando el capitán español se recrimina y amonesta a sus hombres por caer en semejante estado de ánimo, Crusoe contesta que las condiciones eran diferentes: "Los utensilios que cayeron en mis manos de manera providencial, por la inesperada presencia del barco en la playa, significaron tal ayuda que hubiesen alentado a cualquier criatura terrestre para adaptarse como lo hice."

Crusoe, sin embargo, da a sus herramientas un crédito mayor del que merecen. El capitán español responde que ni él ni sus hombres hubiesen desmantelado el barco con tanta energía. Es evidente que Crusoe posee algunas características individuales que lo capacitan para tener buen éxito en la isla.

Thorstein Veblen cuenta la historia de un jefe polinesio que prefirió morir de hambre, antes de violar su código de ocio alcanzando la comida con que se le alimentaba a diario. Aunque muchos aristócratas ingleses de la Era Augusta evitaron seguir el ejemplo citado por Veblen interesándose en obras de caridad, en la agricultura, la arquitectura y las *belles lettres*. El trabajo físico se consideraba como una violación del código de costumbres de un caballero. Es obvio que Defoe no podría haber escogido a un miembro de la nobleza como héroe; pero, ¿era Crusoe el hombre más indicado para sobrevivir en la isla? Algunos críticos encontraron sus acciones cobardes y estúpidas; otros, en cambio, elogiaron su prudencia y su capacidad de trabajo. Ciertamente, debía creer que trabajar era un acto valioso o que algún bien le acarrearía.

Ian Watt sostiene que Defoe creía en la concepción calvinista del trabajo como prueba de salvación, pero de esto hay pocas evidencias. Sería más exacto afirmar que Defoe parece haber creído que la mayoría de los hombres se sienten impulsados al trabajo o que poseen un "instinto de mano de obra", acompañado de un odio a la holgazanería. "Una vida de pereza y holgazanería —escribió Defoe— no es cómoda ni feliz; la ocupación es la vida; la pereza y la indolencia, la muerte; estar ocupado es ser feliz, estar satisfecho; no tener nada que hacer significa melancolía, desaliento, y en una palabra, estar dispuesto únicamente a la desgracia y al infierno." Esta indicación también parece confundir la labor y el trabajo. El creador de Crusoe es un gran representante del trabajo estable en la profesión personal, pero manifiesta cierto desprecio y repulsión por la vida del trabajador, con su amargura y sus penalidades. Crusoe, sin embargo, prefiere este tipo de trabajo a la holgazanería, lo que parece formar parte de su carácter más bien que de su religión. Aun si siente que su labor en esa isla es el cumplimiento de una vocación dispuesta por Dios, esto a duras penas explicaría su actitud. La única relación directa que puede existir para él entre la religión y el trabajo, consta en las referencias de Robinson, al tiempo que perdía en leer la Biblia y en su insistencia de descansar el séptimo día. Resulta claro que el miedo de Crusoe a lo sobrenatural —su creencia de que el demonio ha visitado la isla— casi destruye su eficacia como trabajador. Pero Defoe no intentaba hacer de Crusoe un modelo de eficacia.

Cuando recomienda a Emilio que estudie los trabajos de Crusoe en la isla, Rousseau sugiere que su discípulo podría aprender cómo evitar los errores de Robinson, y además beneficiarse con su sentido común y su don de inventiva. Pocos



"preparado para crear su utopía económica"

héroes de ficción han tenido tal prestigio de astucia y sagacidad como Robinson Crusoe; menos han cometido errores tan garrafales como la aventura de construir el barco. Después de emplear 164 días en su construcción, el héroe de Defoe se ve obligado a admitir que, descontando la posibilidad de trabajar en un canal por un lapso de diez o doce años, no hay ninguna probabilidad de echarlo al agua. El mismo Crusoe asegura al lector que el tiempo y la razón convertirían a cualquiera en un mecánico, un carpintero, un alfarero o un cantero tan eficaz como él. Uno de los grandes atractivos de la novela es el continuo recordatorio de que Crusoe no es más (y quizá mucho menos) sabio que el lector. Sólo lo distingue su disposición para el trabajo y su alegría en la invención.

Al sustraerse a la desesperanza, Crusoe utiliza su "instinto de mano de obra" para recrear en su isla el nivel de existencia económica que había conocido en Inglaterra y en Brasil.

Adam Smith observó que el proverbio "aprendiz de todo, maestro de nada", es una prueba popular de su teoría de la eficacia superior proveniente de una división especializada del trabajo. Probablemente Defoe se dio cuenta de ello, al dar a Crusoe la tarea de aprender todas las artes mecánicas; pero Defoe estaba menos interesado en enriquecer a Crusoe que en mostrar cómo podría vivir la humanidad bajo condiciones económicas naturales. Cuando en las *Nuevas aventuras*, Crusoe decide volver a la isla, lleva consigo a un aprendiz de todo para que lo reemplace. También a un sastre, quien "demuestra ser un individuo ideal para todo tipo de ocupaciones, aparte de la propia". Al invertir el proceso histórico de especialización, Defoe quería indicar una forma de primitivismo económico, un retorno a la existencia pura, anterior al comercio e incluso al trueque, que corrompieron la vida del hombre. Con esta maquinaria ficticia —el medio ideal, el hombre que deseaba trabajar e inventar y las herramientas con las cuales podía transformar su ambiente— Defoe estaba preparado para crear su utopía económica.

La existencia de Crusoe en la isla postula, como temas económicos, que el trabajo y la invención crean bienes de uso y que el valor de esos bienes depende de su utilidad. Estas ideas distaban de ser nuevas y su principal exponente era el



"las cabras le proporcionaban alimento"

más célebre filósofo de la época, John Locke. En sus *Dos tratados sobre el gobierno civil*, Locke adelantó la idea de que el valor no es inherente a la naturaleza, sino que lo ha creado el trabajo humano. "Que el pan sea más valioso que la bellota —escribió—; el vino que el agua y las ropas o la seda que las hojas de los árboles, la corteza o el fruto, se debe totalmente al trabajo y a la industria." Locke señalaba el ejemplo de los indios americanos cuya tierra sin cultivar mantenía a pocos habitantes y, en consecuencia, valía poco.

Para ilustrar con mayor detalle el efecto del trabajo sobre la naturaleza, Locke decidió presentar un ejemplo de la división del trabajo que exigía la producción del pan. Explicó que el trabajo que culmina en una pieza de pan, no consiste sólo en las penalidades del labrador, la herramienta para segar y trillar y el sudor del panadero, sino también en la acumulación total del trabajo que requiere la fabricación de los implementos agrícolas. En este proceso, únicamente los "materiales menos valiosos" permanecen sin que su estado natural se transforme.

Locke lamenta no tener suficiente espacio para mencionar todas las operaciones que precisa la confección de la simple pieza de pan; pero Defoe no tuvo tales escrúpulos. Una gran parte de *Robinson Crusoe* se dedica a unificar esta operación como la actividad de un solo hombre.

Crusoe encaja perfectamente en su papel como hacedor de pan. Si excluimos toda la labor social de los tripulantes del barco que trajo la semilla a la isla de Robinson, y quienes fabricaron sus herramientas, Crusoe depende por entero de la naturaleza y de su propio trabajo. Cuando descubre las semillas germinadas, Crusoe, con prudencia, se dedica a salvarlas, replantándolas durante cuatro años consecutivos antes de probar el pan. Sin embargo, a diferencia del héroe de la parábola económica de Bawerk, esta abstención le causa pocos sufrimientos, gracias a la fecundidad natural de la isla. Crusoe preservó el grano de la rapiña de los pájaros y pudo, finalmente, procurarse el mismo sustento que alimentaba a casi toda Inglaterra. Y ahora Defoe tiene oportunidad de ilustrar sus teorías sobre la invención, la división del trabajo, y su teoría laboral de la riqueza. Crusoe recuerda al lector: "¡Cuántos cuidados no fueron necesarios para cercar, preservar, segar, secar, transportar, trillar, achar y guardar el trigo!" Cuando fabrica un tosco arado de madera, Crusoe describe los implementos que necesitó para cumplir su propósito y los que encontró innecesarios: "No era esto todo: necesitaba un molino para moler el grano, un tamiz para la harina, sal para sazónarla, levadura para producir la fermentación, y, finalmente, un horno para cocer el pan; sin embargo, se verá cómo llegué a conseguir todo esto."

Si en realidad Crusoe hubiera triunfado, logrando fabricar pan sin ninguno de esos implementos, hubiese sido un verdadero milagro. Lo que hizo fue crear simples sustitutos, o burdas imitaciones, durante los siete meses que empleó en esta tarea.

Invirtió su tiempo en construir un horno primitivo y proveerse de un martinete y un mortero para reemplazar al molino. Tras su éxito al cocer el pan, goza con el placer de la cocina imaginativa; hace budines y pasteles y en "poco tiempo se convierte en un excelente pastelero que sabe su negocio". Cuando logra su perfeccionamiento agrícola, Crusoe se traslada a la industria y se empeña en fabricarse trajes de piel de cabra. Trabaja, asimismo, como carpintero y, en su décimo primer año, triunfa en su intento de atrapar algunas cabras, que utiliza para proveerse de una ración segura de comida. "Yo que nunca había ordeñado una vaca... al final hice mantequilla y queso en cantidades", advierte satisfecho de su proeza. Logra incluso inventar un método de manejo para la rueda de alfarero, y asegura al lector que, con el tiempo, podría haber creado un tipo de cerveza sin fermento ni lúpulo.

No obstante, al hallarse en una condición indigente, Crusoe utiliza su inventiva para reconstruir todas las tareas que requiere el mantenimiento de una sociedad civilizada. A través de la prudencia que heredó o recibió en sus primeros años como hijo de un acaudalado comerciante, logra crear un capital. Rousseau, para quien la agricultura y no el dinero removía al hombre de su estado primitivo, argumentaba que ningún salvaje en estado natural arrojaría semillas en el presente con la esperanza de un beneficio en el porvenir.

Crusoe, no satisfecho con bellotas y bayas silvestres, desea crear su riqueza mediante procesos indirectos. Friedrich von Wieser, al señalar esa cualidad del hombre occidental que encuentra tan admirable, la "anticipación económica", advierte con desprecio la actitud de los salvajes, quienes, cuando se disponen a trabajar arando un campo con bueyes, los matan para satisfacer su hambre inmediata. Con insufrible complacencia, advierte: "Un pueblo primitivo que aprecia tan escasamente sus necesidades de mañana y no las considera equiparables a las actuales, es incapaz de progreso económico. Los pueblos civilizados no hubiesen llegado a su progreso actual, si hubieran carecido del deseo y el poder de preservar, para tiempos futuros, la capacidad de satisfacer sus necesidades. Una economía eficaz precisa que las satisfacciones y urgencias del futuro no sean consideradas de menor importancia que el vivo deseo del presente. Es esencial que cada persona o pueblo vigoroso conserven un sentido del valor permanente; las tentaciones momentáneas no deben perjudicarlos."

A pesar de su medio ambiente primitivo, la vida de Crusoe es la del hombre civilizado de Rousseau: "siempre en movimiento, sudando, afanándose y estrujando su cerebro para encontrar ocupaciones más laboriosas. Se dedica hasta el último momento a penosos trabajos, e incluso busca la muerte para situarse en una posición que le permita sobrevivir". Defoe casi trastocó el proceso del *voyage imaginaire*; en vez de enviar a su hombre civilizado de vuelta a la naturaleza para reformarlo, como Neville en su *Isla de los pinos*, Defoe crea una interacción entre hombre y naturaleza, por la cual la naturaleza se vuelve más productiva y el hombre más puro.

Defoe tomó de Locke el concepto básico del efecto del trabajo sobre la naturaleza, y deseaba que esperase de él la asimilación de la teoría lockiana del valor. Pero la disputa sobre la moral exacta que los economistas pueden derivar de la narración de Defoe, ha convertido a la isla en escenario de una guerra verbal. Marx utiliza a Crusoe como ilustración de que una cantidad dada de trabajo produce una cantidad dada de objetos útiles (valor de uso). Pero una escuela posterior de economistas ve, en el héroe solitario de Defoe, un ejemplo de la teoría de la utilidad marginal, por la que Crusoe, cuando peligró su vida por la presencia de los caníbales, abandonó primero el lujo, y gradualmente sus principales comodidades.

Aunque Defoe reconocía el efecto del trabajo sobre el medio ambiente de Crusoe, parece que se preocupó más por una teoría del valor como utilidad que por una teoría del trabajo. Aquí, de nuevo, Defoe mantiene el concepto de Locke sobre la vida económica en estado primitivo, cuando el oro resultaba inútil y era un pecado conservar cosas que no se usaran. Al principio, escribe Locke, antes que lo alterara el deseo de tener más de lo necesario, el valor intrínseco de las cosas dependía únicamente de su utilidad en la vida humana... aunque los hombres tenían derecho a apropiarse por su trabajo... de todas las cosas que pudiesen usar, si no eran muchas, ni su acción perjudicaba a otros... Así, Crusoe consideraba que sus amplios recursos madereros y la posibilidad de conseguir mucha más comida en la isla, podrían capacitarlo para alimentar a un ejército y construir una flota; pero sería inútil explorar la tierra más allá de sus personales necesidades: "Pero las cosas de que yo podía hacer uso eran sólo de valor para mí; una vez satisfecho, ¿qué me importaba lo sobrante? Si hubiera cazado más de lo que podía comer, tendría que dárselo al perro o tirarlo; si sembraba más grano del que podía consumir, se echaría a perder. Los árboles que cortaba se pudrirían sobre la tierra, pues ¿cómo emplearlos de otro modo más que en hacer lumbre para preparar mi comida?"

La paradoja de la falta de utilidad del oro y la teoría del valor como utilidad ejercieron un influjo mayor en la mente de Defoe. El concepto, por supuesto, era casi un lugar común al ser probablemente la principal teoría del valor antes de Adam Smith. En 1690 Nicholas Barbon había argüido que el "valor de todas las mercancías surge de su uso; las cosas que no se usan carecen de valor y, como dicen los ingleses, son buenas para nada". Defoe nunca llegó a admitir que el oro careciera de valor; afirmaba que era tan sólo una manera de comerciar establecida por la costumbre. Al discutir el co-

mercio con África, insistió en que los nativos "voluntariamente truecan su oro, que les resulta una bagatela, por juguetes de porcelana o nácares, mucho más valiosos para ellos. Aquí sirven tan sólo a nuestros niños y allá son muy apreciados". Ni siquiera en sus mayores alabanzas del oro, Defoe confundió el valor de uso de los bienes con su valor monetario, pero coincidió con Locke en que, gracias a su valor intrínseco, el oro y la plata se convertían en los mejores agentes del cambio.

El discurso más famoso de Crusoe (que Coleridge ha equiparado con los de Shakespeare) debe leerse teniendo en cuenta las anteriores ideas: "A la vista de aquel dinero me sonreí. 'Metal miserable, exclamé. ¿De qué puedes servirme? No vales la pena de que me moleste en recogerte; uno solo de estos cuchillos es para mí más precioso. ¡Quédate donde estás y sumérgete en el fondo del mar, como un ser cuya vida no es digna de salvación!' Sin embargo, después de este arrebato volví en mí; y tomando aquel dinero con los demás utensilios que me había encontrado en el armario, lo empaqueté." Ian Watt ha atacado el juicio de Coleridge sobre la base de que no era el discurso apropiado para Crusoe y que su ironía fue casual. Pero este discurso es impropio únicamente si se acepta la idea de que Crusoe está explotando la isla de manera capitalista. El rechazo de la moneda afirma su inutilidad en el estado primitivo. Y Crusoe puede despreciar una riqueza que nunca persiguió firmemente. Una mejor interpretación del carácter de Crusoe vuelve su discurso inteligible por entero, ya que si el romántico que alienta en él puede condenar el dinero, su innata prudencia no puede resistir la tentación de guardarlo. Defoe ironizaba las pretensiones de su héroe, aunque muy probablemente compartía sus mudables sentimientos hacia el oro.

Defoe defiende el valor de uso mediante la actitud de Robinson, a despecho de su reacción civilizada ante el oro. Al pensar, concluye que "todas las cosas buenas de este mundo sólo valen en la medida en que podamos aprovecharlas". Sus discursos sobre el tema nacen lógicamente de sus observaciones acerca de la economía de la isla. Es aún más explícito después de que ha llevado el dinero a su caverna: "Tenía, según ya he hecho mención, una pequeña suma de oro y plata, que ascendía, poco más o menos, a treinta y seis libras esterlinas. ¡Ay de mí! Ningún uso podía hacer de aquel metal olvidado en un rincón, y muchas veces pensaba que cambiaría de buena gana un puñado de él por tabaco o por un molino para moler grano, como también daría gustosamente el valor de doce sueldos de Inglaterra por un poco de simiente de nabos y zanahorias o por algunos puñados de guisantes y habas y un frasco de tinta. Ningún partido sacaba de la moneda: la misma humedad de la caverna la oxidaba durante la estación lluviosa, dentro de la gaveta en donde estaba colocada. Aunque ésta hubiese estado llena de diamantes, no hubiera fijado en ella la atención."

Gracias a que se educó en una sociedad que había convertido al oro y la plata en fetiches, este descubrimiento deleitó a Crusoe casi tanto como sus inventos. Insiste en que la pipa que encuentra en el bolsillo del muchacho ahogado es más valiosa que todo el dinero que descubre en el segundo naufragio.

Intrigado con esta idea, Defoe acude a ella en *El capitán Singleton* y en *Un nuevo viaje alrededor del mundo*. El hombre blanco a quien Singleton y su partida encuentran en África se puede comparar muy bien con Crusoe, porque no se sirve del oro que lo rodea por todas partes. Cuando, al llegar

Singleton, se vuelve real la oportunidad de volver a la civilización, revela su avaricia; pero recuerda que no hubiera servido de nada en África el hecho de haber juntado oro suficiente para nadar en la abundancia. Los salvajes no sólo carecían de interés hacia el dinero; una tribu, incluso, lo juzgaba inferior al hierro. Singleton y sus seguidores se salvan por su imaginación. Al fabricar dijes con su oro, le otorgan un valor de cambio como *objets d'art* y son capaces de entregarlo a cambio de comida.

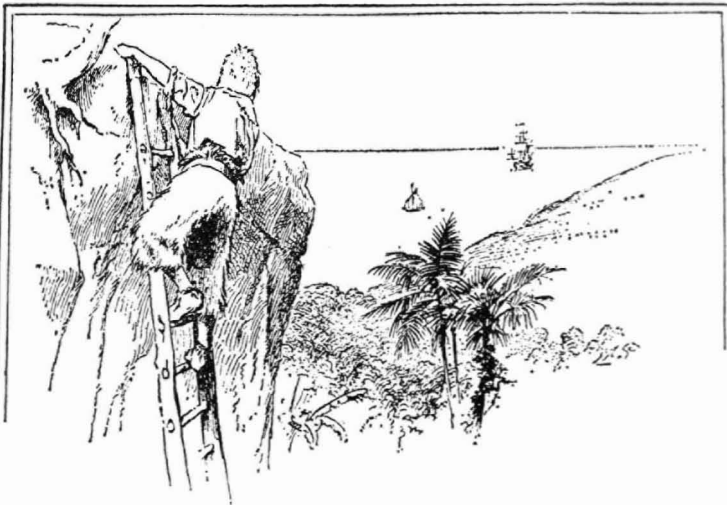
A diferencia del racional hombre blanco de *El capitán Singleton*, Crusoe no puede desprenderse de su civilizada, mercantilista reacción ante el oro. Y al fin podemos tener la certeza de que Defoe entendió la paradoja que presentaba a sus lectores; no puede decirse lo mismo, con absoluta seguridad, respecto a la actitud de Crusoe hacia el gasto de su tiempo. Marx advierte que el héroe de Defoe anota en su "libro de cuentas" o "libro mayor" la cantidad exacta de tiempo consumida por sus quehaceres en la isla, midiendo por eso el valor de su trabajo. Pero Marx falló al no advertir que Crusoe comentaba que el trabajo gastado en reducir un tronco a una sola tabla no era importante, porque su "tiempo o su trabajo tenían poco valor", no importaba la manera de emplearlos. El trabajo de Crusoe puede ser medido tan sólo por los productos útiles que fabricaba y el placer que, por encima de las penalidades, de ello derivaba. Pero Crusoe seguía pensando en términos de recompensa económica. Tenía conciencia de que su oro no era una paga, ni siquiera simbólica, de su trabajo; pero no era capaz de equiparar la utilidad relativa de los objetos que manufacturaba.

La mayoría de los economistas que trazan su sistema con base en la parábola de la isla de Crusoe, caen en un error que Defoe nunca cometió: reducen a Crusoe a la condición de hombre económico abstracto. Economista al tiempo que creador, Defoe sabía que Crusoe era humano, falible, lleno de contradicciones. No olvidaba que un sistema económico debe tomar en cuenta la fragilidad humana.

111

A pesar de la obvia relación entre muchas de las teorías económicas de Locke y Robinson Crusoe, cualquier intento de aplicar el concepto lockiano del auge de la sociedad a la obra de Defoe, tropezará con innumerables dificultades. La teoría de Locke, en síntesis, afirmaba que el trabajo crea la propiedad: la invención del dinero la establece; y la propiedad, a su vez, crea la sociedad para protegerse. Pero poco después de que Crusoe llega a la isla, antes que sus esfuerzos agrícolas o industriales puedan ser considerados suficientes para dominar la menor porción de la isla, se refiere a sí mismo como rey del territorio. En esta solitaria condición, los ideales resultan la moderación y la utilidad, y Crusoe no puede pretender que se ha posesionado de toda la isla por medio de su trabajo. Ni puede argumentarse que el oro descubierto en los naufragios le otorgue derecho de propiedad, puesto que está muy consciente de la inutilidad del dinero.

Lo más probable es que Defoe concuerde con los filósofos de la ley natural, Grocio y Pufendorf, quienes afirman que las islas de mar adentro pertenecen al primero que se apodera de ellas o las descubre. Como Rousseau, Defoe puede haber asociado este proceso con la agricultura. Crusoe advierte su dominio y reinado, cuando ve germinadas las semillas que arrojó casualmente donde pudieron crecer. Crusoe tiene la certeza de que las herramientas que lo capacitaron para sobrevivir



"está convencido de que la isla le pertenece"



"un derecho divino sobre la isla"

son signos del favor de Dios, y, por tanto, puede sentir que tiene un "derecho divino" sobre la isla.

No importan las teorías propuestas para entender su dominio: Crusoe está convencido de que la isla le pertenece. Cuando la atraviesa por vez primera, decide con placer que es irrevocablemente rey y señor de todo el territorio y tiene derecho de posesión. Cuando se instala en su cueva para mayor seguridad, comenta que puede llamarse "Rey o emperador de todo el territorio", y manifiesta una cierta satisfacción por su soledad ya que no tiene rivales que le disputen el mando. "Hubiera provocado una sonrisa estoica, señala, el verme junto a mi pequeña familia sentado esperando la cena. Allí estaba yo, su majestad, príncipe y señor de toda la isla; tenía las vidas de todos mis súbditos a mi absoluta disposición. Podía colgar, destripar, dar libertad y quitarla, y entre todos mis vasallos no había rebeldes." Andando el tiempo, Crusoe comienza a pensar en términos de monarquía absoluta y rebautiza a su cueva, refiriéndose a ella, medio en serio, medio en broma, como su "castillo".

Rousseau afirmaba que Robinson era, indudablemente, el monarca absoluto de su isla, en la medida que era también único poblador. Y casi todos los filósofos políticos ingleses posteriores a Locke, están de acuerdo en que ningún rey tuvo poder absoluto sobre la propiedad de sus vasallos. Desde luego, en este punto, Defoe no fue discípulo de Locke. Acerca de *El poder original del cuerpo colectivo del pueblo inglés*, un lector de la época, imbuido en los principios *whigs*, hizo comentarios marginales en el ejemplar que posee el Museo Británico, sobre cada una de las observaciones de Defoe, excepto en la curiosa discusión sobre si un país extranjero podría comprar toda la tierra inglesa y, con ello, obtener la anulación del país. El anónimo lector apuntó que este principio de propiedad excedía con mucho el fetichismo de Locke. Aunque admiraba al héroe de Defoe, Wilson, un biógrafo *whig*, no pudo estar de acuerdo con él.

El principio con que jugaba Defoe está claramente expreso en *Ocean*, donde para probar que la propiedad era la verdadera base del gobierno, Harrington decía que si "un solo hombre es dueño de un territorio o tiene tres o cuatro veces más que los otros, es un gran señor, por esa razón se arraiga en su propiedad; y su imperio es una monarquía absoluta". Harrington y Defoe concuerdan en que no es el caso de Inglaterra, donde la tierra pertenece al pueblo, pero Crusoe es el único propietario y, por tanto, absoluto monarca de su isla.

Pero, ¿qué ocurre cuando sus "vasallos" son también seres humanos? Extrañamente Crusoe insiste en permanecer como monarca absoluto de la isla. Exige a todo hombre que llega completa sumisión a sus designios. El derecho de Crusoe sobre Viernes, el padre de Viernes y el capitán español es un derecho de conquista. Por rescatarlos de morir en manos de los canibales, Crusoe obtiene pleno control sobre sus vidas. Viernes pone su cabeza bajo los pies de Crusoe y demuestra "sujeción, servidumbre y sumisión. Entonces Crusoe se considera, con mayor razón, absoluto monarca". "La isla se había poblado, observa con satisfacción, y podía hacerme de muchos súbditos; frecuentemente había reflexionado sobre qué clase de rey sería. Ante todo, el territorio entero era de mi completa propiedad; sobre él poseía un indudable derecho de dominio. En segundo lugar, mis hombres estaban perfectamente sometidos. Era el absoluto amo y legislador; me debían sus vidas y estaban dispuestos a ofrendármelas..." Y cuando el capi-



"el trabajo y la invención crean bienes de uso"

tán español desembarca con dieciséis hombres, Crusoe insiste en que firmen un contrato de absoluta obediencia a sus deseos. Hasta al mismo capitán que finalmente lo rescata, exige un acuerdo similar.

Excedería el objeto de este ensayo referirse a las teorías políticas de Defoe. Sin embargo, hay que mencionar ciertos aspectos de la actitud de Crusoe hacia su colonia. Aun cuando abandona la isla, piensa que su dominio sigue vigente y, al volver, regresa sin dudar de la continuidad de su autoridad sobre los colonos. Está menos interesado en colonizar que en apresurarse a reunir inmediata fortuna con la venta de los canibales pacíficos como esclavos. Semejante propósito se opone al ideal de Defoe para alentar las colonias incrementando su población, como seguro camino a la prosperidad; y no es sorprendente que el sacerdote convenza a Crusoe de emancipar a los esclavos.

Cuando Crusoe decide establecer en forma permanente leyes políticas y económicas para su colonia, está lejos de querer entregar la tierra a los colonos; pero siguiendo de cerca el plan de Defoe para una colonia de emigrantes con privilegios reales en las áreas boscosas de Inglaterra, Crusoe renta su propiedad a un precio alto y pagos diferidos. Defoe creía que cualquier grupo de trabajadores reunidos en un mismo sitio crearían la riqueza a través del ciclo de producción y consumo. La colonia de Crusoe no tiene nada de comunista; desarrolla el concepto de rangos y clases económicas. El rico se separa del pobre y se crean privilegios, pues el color divide la clase dirigente de sus inferiores. La utopía de Crusoe surge casi como lo opuesto de la reconstrucción que hizo Gonzalo de la "Edad de Oro" en *The Tempest*.

Crusoe no cumple su promesa como colonizador. Al igual que Raleigh con su plantación de Virginia, abandona su colonia y la deja languidecer. La causa es en parte su deseo de viajar y su desgano para el trabajo que exige la colonización. Lo interesante es que la economía de la isla de Crusoe sigue siendo de su propiedad aun cuando ha relegado el control político. Deja a los ciudadanos de su colonia en calidad de inquilinos, no de propietarios, y cuando cesa de ser monarca absoluto, permanece como señor feudal.

En este examen de *Robinson Crusoe* como obra económica, algunas cosas se abreviaron y otras fueron omitidas. Cualquier discusión de la obra maestra de Defoe puede parecer demasiado simplista sin referencias a sus aspectos filosóficos, religiosos, políticos. Aparentemente, Defoe trasmutó en ficción sus teorías económicas, del mismo modo que *fictionalizó* sus tratados económicos. Se conjetura sobre si, desde un principio, concibió su relato como un viaje imaginario y más tarde lo adornó con temas económicos, o si tuvo primero la idea de un aislamiento económico; pero el debate resulta tan inútil como discutir la primacía del huevo o la gallina. Irrebatiblemente, en cambio, Defoe creó su ficción antes con ideas que con anécdotas. Sainstbury postuló que si se lee a Defoe sin ningún interés particular, difícilmente podrá tenerse una opinión válida sobre él; pues la excelencia de sus narraciones radica menos en la trama que ata y desata los incidentes, que en el conocimiento profundo de las implicaciones que hay en el material de sus relatos.



"el valor de los bienes depende de la utilidad"